

DOCUMENTOS AUTONOMÍA SUR
10/DICIEMBRE 2016

¿Para qué sirve la Economía? Globalización, financiarización y crisis

Fragmentos del libro de próxima publicación: "Aproximación a la Economía Crítica para entender y actuar. Del TTIP al fin del capitalismo y la reflexión sobre las alternativas". Autor: Óscar García Jurado, Autonomía Sur. Edita: Baladre y Zambra Iniciativas Sociales.

AUTONOMÍA 
COOPERATIVA ANDALUZA · ASESORÍA LEGAL, ESTUDIOS SOCIOECONÓMICOS Y PROYECTOS DE ECONOMÍA SOCIAL

Autonomía Sur, Cooperativa Andaluza de Interés Social, la componen personas especializadas en diversas disciplinas sociales (abogados, economistas, etc.). Desde 2005 realiza estudios socioeconómicos, asesora a organizaciones sindicales, colectivos sociales y personas, así como impulsa y gestiona entidades de economía social. No realiza trabajos para personas u organizaciones que puedan ser contradictorios con sus objetivos, basados en la búsqueda de la mejora de las condiciones de vida de las clases populares y trabajadoras andaluzas.

LA GLOBALIZACIÓN

Una de las constantes en el desarrollo del capitalismo es su inexorable tendencia a la acumulación permanente y al crecimiento. Los capitales actúan para obtener un beneficio, buena parte del cual se incorpora a los capitales anteriores. Esto es algo imprescindible; el capitalismo no puede existir sin crecer.

De modo que la evolución normal del capitalismo implica la acumulación permanente y, cuando ésta no se produce, el sistema entra en crisis. La acumulación conduce, a su vez, a la concentración del capital. Son las empresas más eficientes y potentes (o con más suerte) las que van disponiendo de más fondos para la acumulación y, gracias a la competencia, van absorbiendo y/o eliminando a sus competidoras, de forma que el sistema se concentra en empresas cada vez más grandes, con mayores capitales, y más poder de mercado, las cuales operan en un entorno de empresas menores a menudo dependientes de la actividad de las más grandes.

La constante acumulación y concentración, juntamente con el crecimiento, conduce a la expansión continuada del sistema bajo diversas formas. Esta expansión ha tenido siempre un carácter internacional. En la década de 1960 los países más industrializados ampliaron las relaciones entre ellos y con el resto del mundo. Ese incremento de relaciones implicaba, además de las relaciones comerciales, el establecimiento de inversiones y plantas de producción en otras zonas diferentes de donde instalada la matriz empresarial. Se consolidaron entonces las empresas conocidas como multinacionales o transnacionales.

En la década de 1970 el capitalismo experimentó una crisis grave que redujo los beneficios de las empresas y volvió el desempleo en los países centrales. La crisis forzó a los capitales a intensificar su expansión buscando tanto nuevos espacios territoriales y de mercado para obtener beneficios, como ámbitos de producción con costes más bajos. Fue el inicio de un proceso que se conoció a comienzos de la década de 1990 con el nombre de globalización.

Las grandes corporaciones establecen un sistema que produce en todo el planeta y llegando a consumidores del mundo entero. Todo ello fue facilitado por la Economía convencional, que rápidamente percibió lo que convenía a los poderes económicos dominantes. Se centran en el concepto de competitividad global y en el desarrollo basado en las exportaciones para recomendar —o más bien exigir— la expansión del modelo neoliberal. De modo que disminuyeron las regulaciones públicas y aumentaron las facilidades para las transacciones internacionales, orientando las decisiones económicas hacia la consideración de las actividades económicas en su dimensión mundial o global. Una vez más, el pensamiento económico es funcional al desarrollo de los poderes dominantes.

Eso sí, esta globalización tiene en sí misma elementos de inestabilidad. A finales del siglo XX, a la actuación de los países centrales que dominaron la década de 1970 y de las transnacionales que operan desreguladas en el mundo —la globalización— hay que añadir el nuevo elemento de los países emergentes. El final del siglo XX y, sobre todo, la primera década del XXI han visto irrumpir en la escena mundial una serie de países que hasta entonces se contaban entre los países periféricos, los denominados BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). Estos países están alterando los equilibrios existentes y obligando a los países centrales a resituarse en este nuevo entorno.

Ahora bien, una gran parte de la actividad económica más moderna de los países emergentes corresponde a empresas cuya propiedad es de las grandes corporaciones de los países centrales. En muchos casos han sido, y son, los grandes capitales de Estados Unidos y la Unión Europea quienes han articulado sus intereses en los países centrales con la propiedad y las operaciones de empresas situadas en la mayoría de los países emergentes. Actualmente, por tanto, visto desde el centro, nos encontramos con un paisaje global formado por elementos más variados y complejos que en etapas anteriores.

La categoría “país” es cada vez menos significativa para el análisis económico. Los países están surcados por poderosísimas empresas transnacionales, por núcleos de actividad económica que operan en ellos con una visión de la producción y el consumo global para las que los territorios son marcos de actuación con los que no hay más remedio que contar, pero que no implican lugares a desarrollar en sí mismos. Dado que a menudo estas empresas tienen la capacidad de alterar las variables territoriales y que además cuentan con el apoyo de las

instituciones internacionales, cualquier intento de predicción del posible rumbo futuro de los países que no las tenga en cuenta sería un análisis muy limitado.

Toda esta dinámica de empresas globales que sólo buscan su beneficio, viejos países que tratan de mantener su hegemonía y los países emergentes que quieren situarse en la órbita del poder mundial, parece presagiar un futuro de tensiones permanentes y grandes turbulencias.

Con la globalización, las personas trabajadoras de todo el mundo compiten entre sí, y los que gracias a sus luchas habían logrado mejores condiciones laborales se ven seriamente perjudicados. Por ello, es muy dudoso que las nuevas condiciones globales sirvan para mejorar las condiciones de las clases populares. Allí donde se instala el capitalismo reproduce las condiciones de explotación, injusticia y desigualdad que son su impronta natural.



LA FINANCIARIZACIÓN

La expansión del capital no se limita a la del capital productivo, sino que ha sido mucho más intensa en el capital financiero. Y viene de antiguo pero se ha multiplicado enormemente en las últimas décadas. La financiarización o expansión del capital financiero tiene sus raíces en el declive de los beneficios industriales, que obliga a los capitales a buscar otros lugares más rentables para sus inversiones. Al disminuir los beneficios industriales con la crisis, los grandes capitales tuvieron que recurrir a las inversiones financieras —es decir, a prestar dinero— en cantidades muy considerables.

Además, las grandes instituciones financieras (fondos de inversión, fondos de pensiones privadas y grandes bancos) mostraron un gran ingenio a la hora de generar nuevos productos financieros (la llamada “ingeniería financiera”). De este modo aumentaron el número de inversores y la cuantía de las operaciones financieras. La etapa actual de dominio y explosión, e implosión, del capital financiero se debe a muchas otras dinámicas entrelazadas que se expresan a lo largo del periodo entre la década de 1970 y el comienzo del siglo XXI, a saber: gran abundancia de fondos prestables, avances tecnológicos en comunicaciones, cambios de fuentes de crédito (de la financiación bancaria tradicional a la financiación por medio de transacciones en Bolsa), la existencia de los paraísos fiscales, la avalancha de

fusiones y adquisiciones de entidades financieras, etc. En conjunto, todo ello ha permitido a los agentes financieros operar en tiempo real en todo el mundo y con grandes cantidades, dando lugar a gigantescas operaciones financieras, muy a menudo especulativas.

Un aspecto muy importante que ha permitido y facilitado esta situación es la desregulación financiera. Desde la crisis de 1929, la mayoría de los Estados estaban regulados y supervisados en los ámbitos financieros. Este control limitaba el negocio bancario pues ponía trabas a los créditos que los bancos podían conceder así como las condiciones de los mismos, por lo que surge una tensión permanente entre los bancos privados y los bancos centrales (reguladores que quieren controlarlos). Desde la década de 1970, los grandes entes financieros han intentado eliminar tales controles y han orientado el pensamiento económico para que mostrara que la movilidad sin restricciones de capitales es favorable a los intereses generales. Ese proceso avanza mucho en la década de 1990, época en que se reducen considerablemente los controles de los capitales financieros, hasta que finalmente se impone la libertad para los movimientos de capital en la mayoría de países.

Estos fondos han permitido cubrir las necesidades financieras de los gobiernos (el mercado de deuda pública se convierte en trascendental). Esto último ha provocado diversas “crisis de deuda”. Con el argumento de que hay que pagar la deuda, y bajo el peso de las entidades acreedoras, las instituciones económicas internacionales han impuesto a los gobiernos endeudados unas políticas económicas que han penalizado fuertemente a las clases populares. Estas políticas consisten en “programas de ajuste” que han frenado drásticamente el crecimiento y que además conllevan desempleo, deterioro de las condiciones laborales y reducción de los presupuestos públicos, en especial en sus aspectos sociales. En última instancia, el ahorro mundial transferido no ha servido para que la economía de los países crezca satisfactoriamente, sino que en realidad ha tenido un alto precio para las clases populares de los países endeudados que se han visto obligadas a aceptar políticas perjudiciales sin estar vinculadas a los procesos por los que se contrajo la deuda.

La dramática paradoja de todo este proceso es que la deuda pública de los países endeudados no deja de crecer¹. Mientras tanto, la ciudadanía está sufriendo un deterioro devastador en sus condiciones de vida. Todo esto hace sospechar que las medidas de ajuste y

¹ Por ejemplo, la deuda del Estado español, que era del 37 % del PIB en 2007, pasó al 66 % en 2010 y ha alcanzado el 93 % del PIB en 2015.

sus acompañantes no se han establecido para resolver el problema de la deuda, sino más bien para poder justificar enormes transferencias de rentas provenientes de las clases populares y trabajadoras hacia el capital financiero, de ahí que algunos autores hayan conceptualizado dicho sistema como “capitalismo rentista”.

LAS CRISIS

La economía real siempre ha tenido periodos de inestabilidad y crisis. Mientras en épocas anteriores al capitalismo eran debidos a elementos externos al sistema económico - fenómenos naturales, guerras y conquistas, etc.-, en el capitalismo las crisis son elementos intrínsecos al sistema, fruto del mismo. Por ello desde la aparición y consolidación del capitalismo encontramos crisis recurrentes.

La crisis de la década de 1970 restableció y fortaleció la política económica neoliberal. Pero ello no fue sólo debido a la fuerza del pensamiento, sino porque la escena política y la correlación de fuerzas sociales cambió: un capitalismo que sufría una crisis inesperada, junto con el triunfo de las fuerzas conservadoras en algunos gobiernos decisivos y el debilitamiento de los partidos socialdemócratas y sindicatos, encontraron en las ideas económicas renovadas la legitimación ideal para sus intereses. Se produjo una combinación de elementos —validez para los intereses económicos dominantes y pensamiento que los legitimaba— que favoreció con entusiasmo la expansión de estas ideas. El Estado tenía que centrarse en hacer que el mercado funcionara sin cortapisas y dejar de incidir en todo lo demás, muy particularmente en los aspectos sociales.

Con la crisis de 2007 los economistas convencionales señalaron varias causas posibles. La tesis más difundida es que se trata de una crisis del mundo financiero, propiciada por la mala gestión de unos banqueros egoístas y muy codiciosos que no han tenido en cuenta los riesgos que asumían: los banqueros “malos” son los que han causado el desastre. El desequilibrado desarrollo financiero ha sido relevante en el estallido de la crisis, pero no es más que una parte de su génesis. Cuando se nos explica que las hipotecas subprime (basura)

de Estados Unidos fueron la causa de la crisis hay que preguntarse por qué se llegó a la necesidad de dar esos créditos y por qué la gente que los pedía luego no podía pagarlos.

La crisis actual resulta de la evolución del capital financiero, pero derivada y fundamentada en la dinámica de la economía real. Son dos ámbitos que están muy estrechamente entrelazados y no son independientes. El aumento de riqueza, de valor, sólo se puede conseguir en el ámbito de lo real, por medio del trabajo humano que utiliza los medios de producción existentes. Pero para ello hacen falta también unos fondos que financien el proceso. Es la conexión entre estas dos facetas lo que permite entender la crisis. El dinero utilizado como capital² no puede generar riqueza; es tan solo una ilusión económica. La ilusión de que el mundo financiero puede obtener beneficios por sí mismo es uno de los elementos que está en la base de la crisis.

En el ámbito de lo real hay que considerar que, desde la crisis de la década de 1970 y con la puesta en vigor de las neoliberales, los salarios iniciaron su caída en los países industrializados mucho antes de la crisis de 2007. Las clases más modestas tenían que recurrir al crédito para mantener sus niveles de consumo. Dado que las inversiones en actividades reales no proporcionaban los beneficios considerados adecuados, los grandes proveedores de fondos —bancos, aseguradoras, fondos de inversión y fondos de pensiones privadas— se volcaron en las inversiones financieras. Fueron mucho más laxos en su evaluación de la capacidad económica de los prestatarios y concedieron créditos con facilidad tanto a las empresas como a los consumidores. Esta abundancia del crédito iba acompañada de campañas que estimulaban la demanda de créditos por parte de las clases populares. Es decir, abundante liquidez y necesidad de dar créditos, por un lado, y estímulos para recurrir al crédito por otro, incluso en condiciones que hacían difícil su devolución, fueron elementos clave en la expansión financiera del siglo XXI.

Esta evolución tenía una grave contrapartida: la deuda. Los últimos noventa y los primeros años del siglo XXI constituyeron un periodo de gran demanda, alto crecimiento y abundante empleo, todo ello basado en la deuda, en el que pareció que se había vuelto a instalar la bonanza económica. En algunos países, en particular en el caso de España, esto

² Cuando el dinero se utiliza para obtener un beneficio con él, se considera capital; si es utilizado para el intercambio o para guardar el valor sólo se le considera dinero.

facilitó la generación de una burbuja en el sector inmobiliario que proporcionó pingües beneficios a los entes financieros y a las empresas del sector inmobiliario y la construcción, amén de suculentas rentas con la especulación del suelo y las viviendas, todo lo cual generó muchos empleos y aumentó los salarios. Fue un periodo de boom económico y gran alegría consumidora. Hasta que estalló la burbuja. La abundancia y facilidad del crédito y los bajos tipos de interés hicieron que la economía funcionara con unos enormes niveles de créditos y de deuda, generando una prosperidad aparente. En el otoño de 2007 el sistema entero hizo crack. El derrumbe arrastró toda la aparente prosperidad del periodo anterior.

La causa de las crisis reside en un sistema productivo que tiende a la desigualdad creciente en el reparto de la riqueza, lo que genera un fuerte desequilibrio a favor de los beneficios mientras los salarios se ven disminuidos, lo que a la larga lleva a una sobreproducción creciente. Recurrir al crédito es una “huida hacia delante”.

7

¿PARA QUÉ SIRVE REALMENTE LA ECONOMÍA?

La Economía no es una disciplina neutral. No lo es en sus planteamientos metodológicos y mucho menos en sus recomendaciones de actuación. Según el paradigma que se adopte se favorecen unos grupos sociales u otros. La Economía es un potente instrumento de justificación de determinadas orientaciones de actuaciones políticas y sociales que afectan de forma distinta a las distintas clases sociales así como a las personas en situaciones diferentes. La Economía convencional pretende “demostrar” que lo que es conveniente para los intereses económicos dominantes es también favorable a los intereses generales de la sociedad. Pero es una percepción interesada y sesgada que dista mucho de confirmarse en el mundo real. No es posible entender ni interpretar la Economía sin integrar en ella el análisis del poder y las distintas clases sociales. La Economía no se puede dejar sólo en manos de «los expertos». Los expertos pueden proporcionar las orientaciones que ellos deducen de sus análisis, que a su vez ya vienen sesgados por sus propias posiciones ideológicas, pero las decisiones últimas deberán ser siempre de naturaleza política, en el sentido de que han de ser las poblaciones quienes decidan.

Tampoco el Estado es neutral, sino que trata de reproducir las sociedades de clase sobre las que está instituido. En la etapa de capitalismo neoliberal, y en clara contradicción con la retórica de sus planteamientos, el Estado no ha disminuido su importancia ni dejado de incidir en la vida económica y social, sino que se ha reestructurado para actuar más abiertamente que en otras épocas a favor de los intereses del capital, de los poderes económicos más potentes.

Existe una estrecha relación entre la evolución del capitalismo y la del pensamiento económico. El primero, a medida que progresa necesita y busca una «ciencia» que se adapte a sus necesidades y lo legitime y va a potenciar su evolución y expansión. Son estos mismos intereses los que fijan las orientaciones fundamentales por donde ha de transcurrir el pensamiento económico, lo financian y contribuyen a su expansión. El pensamiento económico, como tantas otras cosas, es fruto del poder económico de cada época. Por eso el análisis económico convencional sigue dominando la disciplina de la Economía. Las políticas económicas neoliberales han generado en el ámbito occidental, e incluso en todo el mundo, esta crisis. Esto no ha sacudido como sería de esperar el pensamiento económico que ha servido, y sigue sirviendo, de justificación de todo lo sucedido. Las recomendaciones de acción o inacción están fuertemente integradas con elementos referentes al poder relativo de los grupos sociales. Las políticas neoliberales se mantienen porque son muy convenientes para las fuerzas económicas que tienen el poder en el mundo de hoy, a quienes detentan el dominio económico y, emanado de éste, el poder político. Determinadas teorías económicas, y sobre todo, las políticas económicas derivadas de las mismas, no se rechazan por su invalidez teórica o empírica, sino por su inconveniencia ideológica.

¿Para qué sirve la Economía entonces? El objetivo manifiesto de la Economía consiste en tratar de entender cómo operan las variables económicas y cómo evolucionan a fin de poder manejar las variables económicas para lograr los objetivos propuestos. Pero cuando ello se realiza dentro del muy limitado marco de las premisas de la Economía convencional el resultado de todo ello es únicamente la legitimación de las decisiones que toma el poder e intentar convencer a la población de la conveniencia de las mismas. No es más que una cortina de humo que oculta la verdadera naturaleza de los problemas económicos y proporciona unas recetas de actuación que convienen al poder económico, al tiempo que se ocupa de mantenerlo, expandirlo y proporcionarle la legitimidad «científica» que necesita.

La Economía crítica, por el contrario, sirve para ahondar en el análisis de las verdaderas relaciones económicas que se establecen entre las personas y las instituciones, y para propugnar una política económica que mejore la sociedad y la suerte de las personas que la forman. La Economía crítica constituye un cuerpo de pensamiento que recoge las ideas de los autores que no están de acuerdo con la economía convencional y pretenden interpretaciones alternativas de la realidad. Pero está limitada por no ser una construcción afín al poder económico.

Por tanto, aunque son escuelas de pensamiento bastante poderosas, en nuestra sociedad la Economía crítica parece ser tarea de aquellas minorías que tienen el coraje y la ilusión de profundizar en la realidad y de transformarla para lograr el bienestar de todos. Sólo cuando la voluntad de transformación social se amplíe y generalice, será posible construir un cuerpo de Economía más sólido y amplio que pueda orientar a fondo los debates sobre las decisiones sociales.

El resultado de toda la dinámica capitalista no puede ser más que la explotación de la inmensa mayoría de la población tanto a través del trabajo asalariado como en la vida cotidiana, para beneficio de unos pocos propietarios del capital. Es la naturaleza del capitalismo. La Economía convencional trata de disimular esta realidad y recomendará actuaciones de política económica que faciliten los procesos de acumulación de capital. En el mejor de los casos, si la correlación política de fuerzas lo impone, propugnará algunas medidas de política económica que modifiquen parcialmente el sistema y legitimen su existencia y dinámica. Por su parte, la Economía crítica trata de desvelar el verdadero carácter del capitalismo y mostrar las consecuencias que para las distintas clases sociales tiene su evolución. En ocasiones recomendarán también cursos de acción diferentes pero de naturaleza mucho más defensiva, ya que, especialmente para el marxismo, existe la convicción de que mientras exista el capitalismo no se podrán alterar radicalmente las condiciones de explotación.

Ahora bien, el mejor análisis económico crítico que pueda hacerse de esta sociedad no resuelve los problemas de fondo de la misma. La Economía crítica puede ir mucho más al fondo que la convencional en desvelar lo que supone esta sociedad, pero tampoco plantea cómo habría de ser una sociedad basada en parámetros radicalmente diferentes de capacidad de decisión, igualdad y justicia, única forma en que se resolverían de manera algo más

duradera los grandes problemas de la sociedad. La Economía crítica, al desvelar la naturaleza profundamente injusta del sistema capitalista, constituye el primer paso para avanzar hacia la construcción de otro tipo de sociedad más justa, igualitaria y armónica, pero queda por delante la inmensa tarea de cómo construirla.

Si las sociedades, la economía real, se organizaran no buscando el máximo beneficio para los propietarios del capital y sus servidores, como en el sistema actual, sino la dignidad, la participación, el bienestar de las poblaciones, entonces la Economía podría cooperar a orientar y guiar las decisiones necesarias para ello, siguiendo paradigmas de actuación alternativos a los actuales. Sería, sin duda, una tarea apasionante el poder cooperar activamente en el diseño de organizaciones económicas y de partes de las mismas dirigidas al bienestar de la mayoría de las poblaciones construidas por sus decisiones colectivas, con la participación y el esfuerzo común.